

lez de la certidumbre : Dios ha muerto por nosotros. Este sepulcro donde estuvo Dios contiene su alma, y cada uno de sus sacrificios corresponde á una llaga de Dios que padeció y murió.

Despues de esto, ¿qué me diréis que me conmueva y que haga vacilar mi fe? En un punto dado de la historia se ha verificado en la humanidad una regeneracion moral; esta regeneracion ha nacido en la montaña del Calvario, al pié de una cruz donde fué clavado desnudo, mísero y abandonado, el que se decia hijo de Dios y verdadero hombre, enviado en carne para expiar los pecados del mundo y volverle por este sacrificio al temor y al amor de Dios. Todo el que ha apartado la cabeza de este drama sangriento ha permanecido lo que era, un hombre de orgullo y de deleite; el que le mira despues de tantos siglos, toma en él una virtud de transformacion que le inclina á hacerse humilde, dulce, casto, santo, amigo de Dios y servidor de sus hermanos, separado de este mundo que pasa como una figura, abiertos los ojos con una serena alegría sobre el alba plateada de la eternidad. ¿Qué puede el raciocinio contra semejante experiencia? Mientras no se abra en la tierra otro manantial de regeneracion moral, la muerte de Dios permanece lo que es, una idea sublime demostrada por una realidad mas sublime. No se huirá de ella sino para volver á ella; no se la blasfemarà sino para adorarla mejor. Mientras los pasajeros gritarán á la víctima : *Anda, si eres hijo de Dios, baja de la Cruz*; el Romano herirá su pecho diciendo : *aquel era verdaderamente el hijo de Dios* (1). Una virtud se encargará de responder á cada insulto, una certidumbre á cada objecion, y la tierra mudará de faz, sin que la cruz haya sentido otro movimiento que el de su fuerza y de su inmutabilidad.

Me preguntaréis aún, ¿cómo se hizo Dios hombre? Os responderé : Se hizo hombre para morir y salvaros en su muerte. ¡Y qué! ¡Sois un espíritu en una carne, sois por vuestra propia naturaleza una encarnacion, y disputais contra la encarnacion divina! ¡Vuestra personalidad resulta del concurso de dos sustancias distintas, entre las cuales el pensamiento no advierte nada de comun, y rehusais á Dios que obre en sí la maravilla que él opera en vosotros! Os basta respirar para responderos; porque vuestra respiracion es un acto único donde teneis conciencia de la union de vuestra alma y de vuestro cuerpo en una sola persona.

(1) S. Mateo, cap. 27, vers. 40 y 54.

Me preguntaréis ¿cómo podia expiar el inocente por el culpable, cómo podia Dios ser á un mismo tiempo objeto é instrumento de la satisfaccion que él se daba por el misterio de su muerte? Ya os lo he dicho; el género humano no habia perecido sino por via de solidaridad, es decir por efecto de su comunidad sustancial y moral con Adan, su primer autor; era, pues, justo que pudiera ser salvado en la medida y segun el modo de su pérdida, es decir por via de solidaridad. Ahora bien, tomando Dios nuestra naturaleza en el seno de una mujer, se habia incorporado la sangre, la forma y la vida de Adan; y vuelto por ellos un miembro efectivo de la familia humana, era tanto mas capaz de investirse de un mérito solidario, cuanto que este mérito era mas perfecto estando puro de todo pecado. Donde Dios no veía ántes mas que ruínas y separacion, veía en adelante por la encarnacion y la muerte de su Hijo un espectáculo digno de arrebatarle. El Hijo de Dios hecho hombre cubria la humanidad, y al aceptarlo cada hombre por hermano, tomaba en su inocencia y su sacrificio, hechos el patrimonio comun, mas derechos á la bondad de Dios que títulos habia encontrado á su cólera en la herencia primitiva del género humano : *Donde habia abundado el pecado*, decia San Pablo, *ha superado la gracia* (1). Donde todo lo habia perdido la solidaridad del mal, lo ha restablecido todo la solidaridad del bien.

En cuanto á la contradiccion que habria en ser á un mismo tiempo instrumento y objeto de una satisfaccion, es difícil darle un sentido que exija refutarse. ¡Qué! ¿no se puede morir por amor, por temor de ser á un mismo tiempo objeto é instrumento de su propia satisfaccion? ¿no se puede expiar por otro, por temor de ser tambien á un mismo tiempo objeto é instrumento de su propia satisfaccion? Sí, Dios era la víctima del pecado, y quiso ser la víctima que reparase su ofensa y su efecto. Su justicia se satisfizo manifestándose; su amor se sació entregándose. Encontró en sí todo lo que era necesario para salvar al hombre; pero no, sin embargo, sin el concurso del hombre : la ley de reparacion, aun realizada por Dios, ha permanecido siendo una ley de libertad. Es necesario que el hombre la haga eficaz, apropiándose los méritos de su libertador por una cooperacion personal; y si hay almas á quienes no se pide directamente esta cooperacion, porque previene la muerte el acto de su libre albedrío, el hombre no obstante interviene aún en la obra de

(1) Epístola á los Romanos, cap. 5, vers. 20.

su salvacion por una súplica ó un sacramento, que pone á su felicidad conquistada el sello de la voluntad y de la accion humanas.

Y de aquí viene, señores, que se hayan formado inmediatamente al pié de la cruz, ante la muerte de Dios, dos razas de hombres, la raza de los que aceptan esta muerte, y la raza de los que no la aceptan; la raza del pecado original, y la raza de la reparacion: la raza del pecado original dice: Dios está vivo; la raza de la reparacion dice: Dios ha muerto. La raza del pecado original es el mundo; la raza de la reparacion es la Iglesia. El mundo es la reunion de los hombres que no buscan á Dios, pero que se buscan ellos mismos en los deleites del orgullo y de los sentidos. La Iglesia es la reunion de los hombres que, á pesar de su miseria nativa y los restos inextintos de la decadencia, buscan á Dios con preferencia á sí mismos, y se lo proponen como el principio, la regla y el fin de su ser. La raza del pecado original es una fuente inagotable de guerra y de anarquía: porque los bienes visibles en que cifra su felicidad, siendo limitados, su reparticion desigual y precaria, hace de ellos necesariamente un campo de batalla que no cesan de disputarse las pasiones, mientras que la raza de los hijos de Dios halla la paz en el que les prodiga lo infinito de su vida, despues de haberles prodigado lo infinito de su muerte. El resultado del pecado original, perpetuado en los que permanecen voluntariamente víctima suya, es una degradacion progresiva é indefinida; el resultado de la reparacion en los que se la hacen propia por un trabajo personal, es un perfeccionamiento progresivo é indefinido fundado en la palabra del Salvador: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (1). De tal suerte que hay en la humanidad decaida y reparada á un mismo tiempo dos progresos que no tienen término alguno absolutamente asignable: el progreso del mal y el progreso del bien; el progreso del mal en el mundo y por el mundo, y el progreso del bien en la Iglesia y por la Iglesia. Y como todo el cristianismo rueda sobre estas dos verdades, la caída y la reparacion; la una evidente y viva en el mundo, la otra evidente y viva en la Iglesia, se sigue que el cristianismo es visible en su demostracion á todo el que vé el mundo y la Iglesia, esas dos partes colaterales, y ambas proféticas del género humano. Pero el mundo y la Iglesia no están solamente fuera de nosotros; están tambien en nosotros mismos: hallamos en nuestro corazon la caída y la reparacion, el progreso del bien y el

(1) San Mateo, cap. 5, vers. 48.

progreso del mal, en lucha juntos desde el dia de nuestro nacimiento hasta el dia de nuestra muerte, y revelándonos en un lenguaje íntimo, mas fuerte que todo el resto la verdad de los dos dogmas en que toma el cristianismo con sus repliegues todas sus claridades.

¿Quién vencerá al presente? ¿Quién vencerá, la naturaleza humana decaida, ó la naturaleza humana reparada? Ni una ni otra completamente en el mundo; porque la ley de reparacion, dejándonos el libre albedrío, nos ha dejado la eleccion de permanecer en la antigua humanidad, ó de fijarnos en la nueva; de aprovecharnos de la muerte de Dios para reintegrarnos en la vida, ó de desecharla como una demencia incapaz de poner remedio á las depravaciones de nuestro corazon. Pero aunque la naturaleza humana reparada no pueda vencer completamente en el mundo á la naturaleza humana decaida, no obstante, es la mas fuerte, y jamás será dado á las potestades del infierno prevalecer contra ella, por dos razones que voy á decir: porque la obra de Dios es superior á toda obra del hombre, y porque el mismo mal necesita del bien para subsistir. El mal separado del bien, se consumiría en su propio delirio, impeliéndolo todo á la muerte física tanto como á la muerte del alma. El bien es el que da al mal, sosteniendo todo lo que este destruye, su pasajera inmortalidad; y el mal, por el instinto de su propia conservacion, servirá hasta el fin de los siglos al triunfo del bien.

Así, cualquiera cosa que hagais, señores, ya sea que elijais permanecer unidos al primer Adán, fieles á su sangre y á sus ruinas, sea que os empapeis en la sangre regeneradora del Dios hecho hombre, y que se hizo el centro fecundo de la humanidad reparada, en uno y otro caso, aunque de diverso modo, auxiliaréis á la obra y á la victoria de Dios. Soldados porfiados de vuestra corrupcion nativa, manifestaréis en vuestros actos á todos los ojos el vicio original cuya tradicion habeis recibido con la vida y el cristianismo se apoyará en vosotros para sentar el primer fundamento de su doctrina, que es la transmision del pecado de Adán á toda su posteridad. Hijos de Dios, al contrario, cautivos benditos de la cruz que ha llevado para salvarnos, seréis una prueba viva de la virtud que hay en este sacrificio prodigioso, y el cristianismo se apoyará en vosotros para sentar el segundo fundamento de su doctrina, que es la liberacion y la santificacion del género humano por la muerte de Dios. Y si habeis pertenecido alternativamente al mal y al bien, si habeis pasado de las filas de la infidelidad á las de la fe, el cristianismo apelará mucho mejor aún á vuestro testimonio, porque ten-

dréis las dos ciencias de Adán y de Cristo, de la primera y de la segunda vida, por una prueba completa, y este doble aspecto de vuestro corazón será la revelación total de dos verdades que reasumen el cristianismo y que le han asegurado el imperio del mundo. Hasta la edad postrera todo irá así. Hasta la edad postrera todo será la lucha del bien y del mal: del bien, tomando su origen en el Calvario en la muerte de Dios; del mal, tomando su origen en Adán por una participación primera. Entre estos dos extremos, no habrá más que una sabiduría estéril y esfuerzos impotentes. ¡Oh! vosotros todos, hijos de este siglo atormentado y que buscáis causas para su salvación, no os equivoqueis: no hay salvación sino en Jesucristo muerto por nosotros; sino en su cruz, de donde nos hablan con igual elocuencia la justicia y el amor de Dios; sino en la virtud de la abnegación, que fluye como un bálsamo de este árbol de vida, y cura interiormente las dos heridas de nuestra alma, el orgullo y el deleite. Fuera de aquí, no haréis nada, no podréis nada para salvar esta generación, y si lo intentáis, llegará un día en que, como el conde de Strafford, abandonado á sus enemigos por el rey, cuyo ministro y confidente había sido, repetiréis melancólicamente estas palabras de David: *No os confieis en los principes, en los hijos de los hombres en quienes no hay salvación* (1). Elevad más alto vuestras miradas, y más lejos vuestras esperanzas; morid con Dios para vivir con él. Enseñad á todos con vuestras obras la aceptación voluntaria del sufrimiento, la resignación, la dulzura, la humildad, la pobreza, la castidad, el servicio de los humildes y de los pequeños; todo esto ha descendido de la cruz del Hijo de Dios, y esto solo salva el mundo.

Vosotros oiréis, señores, y soportaréis con valor esa voz terrible y consoladora que cae del Calvario; ella no os disgustará de las enseñanzas de esta cátedra á la que os habeis mostrado siempre tan fieles, donde os convoco para otro año con la misma certidumbre que en otro tiempo. Un año es un siglo; pero Dios no cuenta los siglos, y el hombre que cree en él no los cuenta tampoco.

(1) Salmo 145, vers. 3.

SERMON SEXAGÉSIMO SÉPTIMO.

Realidad del gobierno divino.

Después de haber tratado de la caída y de la reparación del hombre, de su caída por la culpa del primer hombre, de su reparación por la muerte voluntaria y expiatoria del hijo de Dios, hecho hombre, el orden de materias exigiria, al parecer, que tratásemos de la formación y de la naturaleza del hombre Dios. Pero al abordar este asunto que debe coronar nuestra enseñanza dogmática, nos vemos paralizados por una cuestión capital que nos dirige con frecuencia la incredulidad. Esta nos dice: « Si es cierto que la voluntad de Dios ha sido rehabilitar al género humano, es muy singular que lo haya realizado tan tarde. La fecha misma de la venida de Cristo sirve para juzgar su obra, é imponerle el sello de la humanidad. Si Dios hubiera querido salvar al mundo, lo hubiera salvado en los primeros días; no hubiera permitido que tantas edades y naciones se extraviaran por sendas inciertas, y se perdieran al acaso en los abismos de una eterna condenación. El Calvario hubiera sido contemporáneo del Paraíso terrenal, Adán hubiera visto con sus ojos al libertador suyo y al de su raza, y él hubiera bebido la sangre divina que debía beber á grandes tragos su posteridad. Ahora bien, los cristianos mismos confiesan que no ha sido así, y nosotros no tenemos necesidad contra ellos más que de una fecha que ellos confiesan. Cristo, dicen, Cristo ha nacido diez y ocho siglos hace; esto basta, no necesitamos más. Nosotros les damos la respuesta de aquel salvaje que preguntaba á un misionero si su padre podia haberse salvado sin conocer el Evangelio, y que, habiendo oido que no, le dijo con el resentimiento de la piedad filial: « Mas quiero estar con mi padre, que con el Dios que no ha salvado á mi padre. »

Yo podria, señores, resolver de una vez esta dificultad, reduciéndola á sus términos propios; pero prefiero darle más extensión, á fin de abrir más ancho campo á mi respuesta, y de entrar en la exposición general de los designios de Dios en lo concerniente á nuestra salvación. Yo quiero, pues, con respecto á la época en que el hijo